RIAÑO
SECRETOS Y MENTIRAS

Mario Sáenz de Buruaga

La excelente y añorada revista BIOLÓGICA publicó, dentro de su sección "Tejiendo la telaraña" y en los números 6 (marzo, 1997) y 30 (marzo, 1999), dos magníficos artículos sobre la destrucción de los pueblos del valle de Riaño que iban a ser anegados por las aguas del embalse. Su autor, original de Álava pero estudiante de Biología en la Universidad de León en los meses durante los que se demolió y desalojó el antiguo pueblo de Riaño, y se cerró definitivamente la presa, vivió de cerca aquellos terribles acontecimientos. En las colaboraciones para BIOLÓGICA, Mario Sáenz de Buruaga reflexionaba sobre la historia y avatares de la construcción del famoso embalse, asunto en el que por aquel entonces había muchas preguntas sin respuesta, muchas promesas incumplidas[1] y muchas posibles irregularidades sin investigar. Aunque todo lo escrito por Buruaga para "Tejiendo la telaraña" fue recopilado después en un libro de Edilesa, el hecho de que 8 años después de la publicación de su último artículo todo siga igual –las preguntas sin respuesta, las promesas olvidadas y las posibles irregularidades sin investigar- nos ha inducido a reproducir nuevamente los dos artículos de Mario - con su autorización expresa, que agradecemos-, ahora que está a punto de cumplirse el 20 aniversario de aquella tragedia y que tanto se habla de leyes de la Memoria Histórica.

Confiemos en que algún juez lea estos artículos y decida investigar este luctuoso y documentado episodio de nuestra historia democrática reciente, por si algunas de las actuaciones llevadas a cabo en tan deplorable suceso pudieran haber sido constitutivas de delito.

A Simón Pardo, ganadero de 54 años, que se descerrajó un tiro cuando le fueron a desalojar para derribar su casa

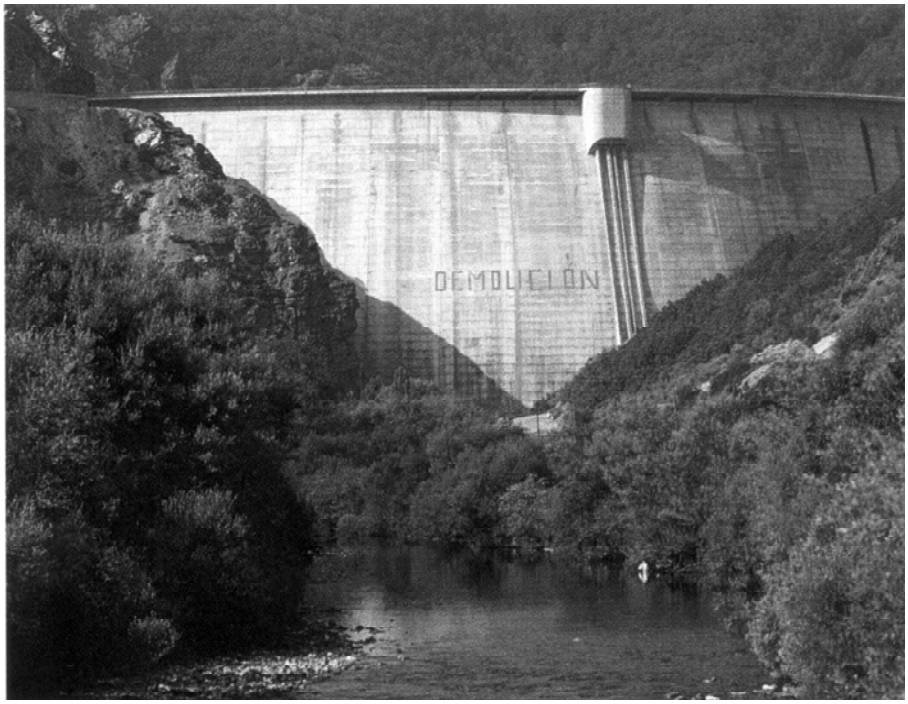
Son muchas, en los últimos años, las investigaciones que están soportando los políticos por prevaricaciones, robos, delitos fiscales y similares lindezas. No estoy a favor de apuntarme a los bombardeos por el mero hecho de ver el fuego más atizado, pero cuando el tiempo es testigo de que la mentira ha sido utilizada como licencia para cometer una barbarie, entonces, apelar a que se investigue lo que considero ha sido una de las más injustas y crueles estafas que la democracia española ha cometido contra un territorio, se me antoja como casi obligatorio. Alguien me habrá tachado ya de tremendista.Veamos.

31 de diciembre de 1987. Nochevieja. Valle de Riaño, norte de León. Las campanas de ocho de las iglesias que el valle tenía no tañeron anunciando el nuevo año: sólo sus ruinas, y las de todas las casas que previamente habían sido demolidas, recordaban que para ellos, para esos ocho pueblos, para sus gentes, el tiempo se había parado para siempre. Sí se escuchó, sin embargo, el choque metálico y atronador del cierre de las compuertas de la presa: el agua empezaba, por fin, a embalsarse con el caudal del Esla y con las lágrimas de miles de vecinos de la Montaña. En ese instante, en el sur de la provincia, el jolgorio era mayor que nunca: el regadío, el dios de la agricultura, era ya un hecho irreversible. A su vez, Sáenz de Cosculluela, ministro de Obras Públicas, ingería la doceava uva y sorbía el champán de la satisfacción: objetivo cumplido.

Han pasado nueve años desde que la presa de Riaño iniciara la retención del agua. Las 130.000 hectáreas (esta cifra fue posteriormente rebajada a 84.000) que debían haber sido empapadas siguen siendo de secano y, eso sí, las centrales hidroeléctricas que funcionan, y/o que están proyectadas, engordan las arcas del monopolio eléctrico, al que hay que seguir alimentando para poderlo ordeñar. Ésta ha sido una crónica de un desvío de objetivo mil veces anunciado, pero nunca escuchado por los agricultores ni por los que tacharon a «los antipantano» de nostálgicos, de *urbanitas*, de ecologistas de caverna...

Cuando, en 1983, el Gobierno y la Junta de Castilla y León —socialistas ambos— anunciaron decididamente que retomaban el proyecto del embalse —ideado a principios de siglo—, nadie podía creerlo. La amenaza de décadas —nunca una población ha vivido con la soga al cuello tanto tiempo— se vestía de cruzada regante hacia unos campos que, por no tener, no tenían tan siquiera realizado el proyecto de estudio de regadío (éste se adjudicó a la empresa EYSER, S.A. en ¡enero de 1987! en 51 millones de pesetas) ni construido un solo metro de canales o acequias (petición ésta que se hacía insistentemente desde la oposición al pantano, con el fin de que los promotores del mismo probasen la honradez de sus argumentos y fines). Nada pudo hacerse. La cerrazón a los razonamientos quedaba empañada por la soberbia de quien sabe que tiene batuta de mando; la

Justicia, mil veces tildada de lenta, actuó con una celeridad que nadie recordaba (demandas, pleitos e interdictos eran resueltos con una urgencia que para sí hubiera querido Ruiz Mateos); detenciones, niños gritando de terror, fuego en las casas para no verlas caer... son episodios que sólo quedan —quizá sea mejor así— en las hemerotecas y en la memoria de los exiliados del valle.



Demolición: La presa del embalse de Riaño portando el sambenito

Hoy, las circunstancias son las anunciadas desde los tejados valientemente defendidos (¡por 10.000 pesetas por día y persona!, según el delegado del Gobierno en esa Comunidad) hasta la extenuación, del embate de las máquinas derribadoras y del gigantesco e intimidatorio despliegue de las fuerzas de orden público: el Canal de los Payuelos, eje principal de canalización del agua, no es sino una zanja que de vez en cuando mueve algo de tierra para seguir anunciando el riego; los presupuestos del Estado no incluyen, un año más, prioridades para este tipo de obras; la Unión Europea (UE) no sólo no apoya estas infraestructuras —no lo hacía ya hace 10 años—, sino que subvenciona los barbechos; los agricultores del sur de León —llevados, cuando exigían la muerte de Riaño, por una inercia ciega, antisolidaria, viciada de lemas acuñados sólo con comodidad— ya no protestan, ya no se manifiestan, ya no. Ahora, los tiros van por el derrotero de cómo acogerse a las ayudas cuantiosas que la UE destina a quienes conservan las grandes extensiones de secano para preservar las aves esteparias: la avutarda ha sustituido al aspersor.

El 2 de febrero de 1987, Mario Amilibia, diputado de Alianza Popular y hoy alcalde de León, elevaba una pregunta a la Mesa del Congreso en la que solicitaba información al Gobierno socialista sobre el presupuesto y plazos de ejecución para la canalización del agua; finalizaba preguntando en qué fecha se regaría. ¿Por qué no se hace esta misma pregunta ahora desde las filas del PP?

La presa de Riaño es el muro hispano de las lamentaciones. Lo primero que hizo el régimen franquista fue construir el testigo; el «ojo, que aquí estamos»; el Muro, que así se le llamó siempre en Riaño. Y es que las vergüenzas siempre quedan emparedadas, ocultadas o separadas por *bunkers* de hormigón: los estalinistas lo levantaron en Berlín y la Confederación Hidrográfica del Duero hizo lo propio en Riaño.

Tirar la piedra y no apuntar a quién no es de recibo. Yo, desde aquí, pido que de oficio se investigue, por si fueran constitutivas de delito, las actuaciones que desarrollaron durante aquel tiempo las siguientes personas: don Javier Sáenz de Cosculluela, ex ministro de Obras Públicas; don Emilio Villar, ex presidente de la Confederación Hidrográfica del Duero; don Jaime González, ex consejero de Agricultura de la Junta de Castilla y León; don Domingo Ferreiro, ex delegado del Gobierno en Castilla y León; don Alberto Pérez, ex presidente de la Diputación Provincial de León; don Jesús Calvo, párroco y ex presidente de la asociación de regantes ACOPRIS; y doña Matilde Fernández, ex presidenta de Riegos del Sur y ex senadora.

---

[1] Respecto a esto conviene recordar una afirmación, al menos, que los años se han encargado de demostrar como falsa. José Luis Rodríguez Zapatero, en diciembre de 1986, cuando era diputado del PSOE en el Parlamento, decía: “Es positivo que se agilicen los tramites necesarios y previstos por la ley para llevar a cabo **una obra que va a proporcionar una importante riqueza a toda una zona de la provincia de León**, aunque suponga algún sacrificio”. (*La Crónica de León*, 11 de diciembre de 1986).

RIAÑO
ETERNA OBSESIÓN

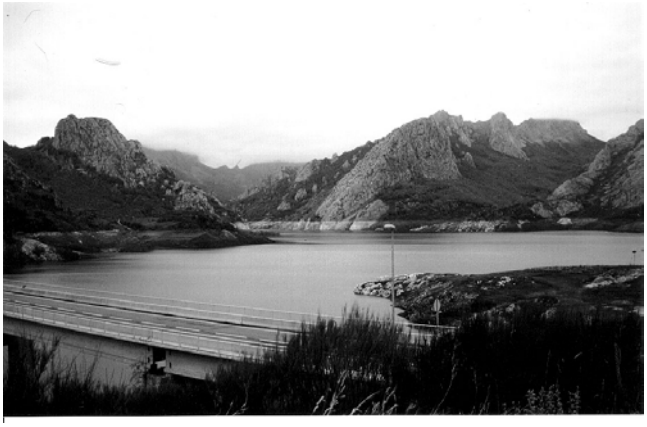
Cuándo alguien repite una cosa en diversas ocasiones o alude a un tema de forma reiterada se dice que está obsesionado con ello. La obsesión personal es lógica, e incluso debiera ser entendida por el resto de los mortales cuando atiende a un hecho socialmente execrable, objetivamente grave y fundamentalmente injusto y, por tanto, pendiente de justicia. Las Madres del Dos de Mayo están obsesionadas con sus hijos desaparecidos durante la dictadura argentina, y nadie que sea bien nacido podrá poner reparos a que sigan con su obsesión e incluso a participar de ella. La mía, mi obsesión, es Riaño, el valle de Riaño en la montaña leonesa sepultado por un embalse en 1988. Hace dos años recordé en esta misma telaraña lo allí ocurrido; lo siento, pero qué menos que una vez cada dos años para aprovechar esta tribuna y remover el fango hediento de este pantano. El desalojo, derribo e inundación de Riaño, Huelde, Anciles, La Puerta, Salió, Escaro y Pedrosa del Rey ha sido el episodio más cruel de los provocados voluntariamente en España desde la Guerra Civil, y así lo pueden atestiguar quienes allí estuvieron durante los meses que duró el ataque del Gobierno, de la Junta de Castilla y León y de la Diputación de León contra esta comarca. Quise pasar la Nochevieja de 1998 en la Montaña. Mi destino debería haber sido Lario, Polvoredo, Burón..., pero la nevada fue más terca qué yo y me entregó, cinco horas antes de que acabase el año, un poco más abajo, en Riaño el nuevo, el improvisado, al que, confieso, he tenido mucho pudor en visitar desde que el otro, el verdadero, fuera arrasado. Pudor por los recuerdos amargos; pudor de encontrarme con alguno de los *vendidos* y tener que reprimir el instinto del guantazo; pudor en dormir encima del Riaño enterrado en su ataúd de agua, donde también las piedras de mi casa bucean para siempre; pudor y vértigo de mirar abajo desde un viaducto anclado entre gritos, fuego y lágrimas en las calles tomadas por Cosculluela y secuaces; pudor, en definitiva, de encender con más llama de la que a uno ya le quema de por sí la guerra que la montaña leonesa perdió hace 11 años.

Y las preguntas siguen siendo las mismas: ¿por qué? y ¿para qué? Para nada: no hay riego, y menos aún presupuestos que lo contemplen; no hay agricultores del sur —aquellos que se desgañitaban solicitando el cierre de las compuertas de la presa— que hoy reivindiquen la canalización de las aguas, porque andan más ocupados en solicitar las subvenciones que les dan por los barbechos, o sea, por dejar de cultivar. Y tampoco hay nadie que pida ya cuentas, que exija que le expliquen cómo es posible que todo el sector oriental de la montaña de León haya rendido su existencia a la mentira, al desvío de un objetivo que estaba cantado y que así fue denunciado en su tiempo. Riaño fue una compensación a Iberduero, hoy Iberdrola, por el desmantelamiento de la central nuclear de Lemóniz en Vizcaya, donde se habían invertido más de 300.000 millones dé pesetas. Había que dar de comer al pajarito energético para que no piase tanto..., y nada mejor que inundar Riaño, retomar un proyecto abandonado incluso por la dictadura franquista, que se suponía era la única adicta a la inauguración de embalses. Miedo da recordar cuáles fueron los modos que sirvieron para frenar el funcionamiento de aquella central nuclear por cuanto pareciera que la única alternativa para salvar Riaño hubiera sido la del secuestro, el asesinato y los continuos sabotajes.

Y el engaño ha surtido efecto, bien que sí. El sur de la provincia, el campo de León, está hoy más viejo, más desocupado y abandonado que hace años, y entre unos y otros se lo han llevado a la cama para darle por culo, para promocionarlo como erial e ir jubilando a los más tontos de la clase, a los que un día les enseñaron la falsa piruleta del regadío y otro, antes de que le pegaran el primer lametazo, les dijeron que estaban mejor contando avefrías.

¿Y qué es de los testaferros del pantano, de los avalistas de la bonanza económica que el embalse iba a generar en la provincia? Los que son de León callan siempre; los de más lejos ni se acordarán de lo que ordenaron y firmaron. Uno, como el ex consejero de Agricultura de la Junta de Castilla y León, es hoy adalid de los temas ambientales por el PSOE en la región; otro, como el ex ministro de Obras Públicas, está ahora en su partido socialista de portavoz de justicia —paradojas de la vida— en el Congreso de los Diputados.

Pero si en esta revista hablo de Riaño es también porque la miseria humana con la que allí se actuó se abraza con la irreversibilidad de un ataque ecológico que, junto con el ocurrido recientemente en Doñana, encabeza el *ranking* de los desastres contra la naturaleza ibérica.



Riaño: ayer y hoy

Botánicos, zoólogos, geógrafos, edafólogos... de toda Europa advirtieron de que la inundación del valle de Riaño era un atentado ecológico que se escapaba a lo que más acostumbrados estamos. Los pastizales de montaña, únicos en cuanto a la calidad de su producción (el resto está ya anegado por otros embalses), y los suelos cantábricos, de una extraordinaria riqueza, sobre todo en un país con más de la mitad de su superficie afectada por la erosión de forma muy grave, significaban un recurso ganadero extensivo en alza, un argumento para defender con criterios económicos —los únicos que a veces son ponderables— Riaño y su comarca. Pero las vacas tienen menos fuerza que los voltios, que son el verdadero ordeño de la montaña, el chollito particular de la Confederación Hidrográfica del Duero..., y Riaño fue inundado. De no haber sido así, el tejido social vertebrado por la ganadería extensiva y los servicios terciarios destinados al ocio, que con tanto éxito son ahora impulsados, encontrarían en estas tierras ahogadas un paraje prácticamente incomparable en el contexto de la Unión Europea.

Y Dios me libre de hablar del impacto del pantano sobre osos, rebecos, ciervos, corzos, martas..., pero pregunten qué es del oso, quién lo ve, cuántas veces sale en las batidas al jabalí desde que las aguas protagonizan la jugada, y, claro, menos aún se atreve uno a referirse a la belleza del valle, porque a los de la Confederación les puede dar un ataque de risa, y siempre dirán, además, que nada mejor que una foto del nuevo Riaño reflejado en las aguas.

Agoté 1998 por las calles y bares de Riaño. Tomé cervezas con Manolo Cachirolo, Tomás Burón, Eliseo el de Cuénabres, Pili y Goyo de El Abedul, y muchos más. Y seguía nevando, como es lo suyo en esta tierra. Y entonces pregunté por Pedro, el de la máquina quita-nieves, de Pedrosa del Rey, uno de los siete pueblos asesinados. Y se miraron entre ellos en silencio, porque yo no lo sabía. Pedro se suicidó hace unos meses, se ahorcó desde el Viaducto; y tan larga era la soga que se ató al cuello, (conociéndole, seguro que fue para no dar trabajo y quedar cerca del agua), que su cuerpo, ante el impacto de la caída de más de 30 metros, se separó de la cabeza, que nunca fue encontrada. Pedro Presa, con irónico y macabro destino grabado en su apellido, era un hombre majo de verdad. Yo no era íntimo amigo de él, pero charlamos en muchas ocasiones sobre los bichos, sobre la nieve —que tantos quebraderos le traía— y sobre lo que se iba a sufrir si el embalse finalmente se hacía.

Apuré el vaso y me fui al hotel para escuchar las campanadas. En la Nochevieja de 1987, las compuertas de Riaño se cerraron para siempre. Once años más tarde ha sido la primera vez que he recibido un año en soledad. Ninguna literatura hay en estas palabras cuando les digo que, no quitándome de la cabeza la noticia que acababan de darme, al escuchar la duodécima campanada se me agitó toda la coctelera, los recuerdos, y no pude reprimir unas pocas lágrimas. Recuerdos de algunos viejos en pijama agarrados a sus escaleras para no irse del pueblo, de la gente pegando fuego a sus casas para no verlas caer, del delegado del Gobierno sonriendo cuando miraba a los encaramados en los tejados y señalaba las casas a derribar, de las cargas policiales con cientos - he dicho bien- de guardias civiles, de la noticia de que Simón Pardo se había matado de un tiro cuando fueron a desalojarle..., de un genocidio local en toda regla.

Perdonen ahora ustedes el poco pudor en contarles lo que fue una emoción personal, pero me quedo más a gusto porque es como mi pequeña venganza hacia los que nombré en la primera telaraña sobre Riaño como responsables políticos y sociales del descalabro que allí organizaron. Ojalá algún día se investiguen sus responsabilidades en este caso. Tampoco nadie daba un duro por remover lo de Pinochet, y fíjense en lo que ha ocurrido ahora.